Megan Maxwell

¿Tú lo harías?

esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Epílogo
Banda sonora
Biografía
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

¿Tú lo harías? nos presenta a tres mujeres de poco más de treinta años que aparentemente no tienen nada en común.

África es periodista, aunque la ilusión de su vida es ser editora.

Gema está especializada en marketing y publicidad y es madre de dos hijos.

Belinda es limpiadora en hoteles y hospitales.

Ellas no se conocen de nada, hasta que un buen día coinciden en un local llamado Bébete A Tu Ex. A partir de ese momento forjarán una amistad que las ayudará a hacer frente a las distintas decepciones que han sufrido por amor y, ante una botellita de vino, se retarán a vivir la vida uno o varios puntitos más allá de hasta donde se habían atrevido a hacerlo.

Eso significará un ¡ADIÓS! a los miedos y vergüenzas, especialmente al qué dirán, y un gran ¡HOLA! a vivir, atreverse, quererse y disfrutar.

Porque por muchas veces que hagas caer a una mujer en su camino, ella siempre se levantará, se sacudirá el polvo y se hará más fuerte.

¿Tú lo harías?

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

Para mis Guerreras.
Somos divinas a los veinte, estupendas a los treinta,
maravillosas a los cuarenta, empoderadas a los cincuenta
e irresistibles el resto de nuestras vidas.
Somos un precioso privilegio, no una opción, y a quien
no sepa valorarnos ni querernos..., adiós.
Somos las heroínas y las dueñas de nuestras vidas,
no las víctimas ni las criadas de nadie.
Y por ello decidimos adónde vamos, qué nos ponemos,
con quién nos acostamos y con quién nos levantamos.
Somos mujeres fuertes que sabemos que detrás de cada una de nosotras hay una historia que un día
nos convirtió en guerreras.
Con amor,

MEGAN MAXWELL

Capítulo 1

Como de costumbre, la comida familiar en casa de los Alcaide Martínez tenía pinta de que iba a ser un exitazo. Amparo, la matriarca, casada con Bertomeu, estaba preparando una de sus paellitas épicas en su bonito hogar madrileño, y tanto su marido como sus hijas, sus yernos y sus nietos esperaban para disfrutarla.

Estaban tomando el aperitivo mientras Ángela, la chica de servicio, les servía y los tres niños de la casa correteaban entre ellos. Amparo contempló gustosa el regalo que su yerno Lorenzo le había llevado.

—Tú solo tienes que pedirle lo que quieres diciendo siempre primero «Alexa» —le explicaba él—. Pero recuerda, suegrita, o bien enchufada a la corriente, o sobre esta base de batería inalámbrica para que siga funcionando, y conectada al wifi.

Amparo miraba sorprendida aquel artilugio mientras Lorenzo lo enchufaba y configuraba.

—Listo. Pregúntale la hora —dijo sintiéndose el gallo del corral.

Encantada por la cantidad de regalos que su yerno le hacía habitualmente, la mujer dijo:

—Alexa, ¿qué hora es?

De inmediato, del dispositivo salió una voz de mujer que le indicó la hora. Amparo y su marido se miraron sorprendidos.

—Recordad —insistió Lorenzo—, siempre que queráis preguntarle algo, primero debéis decirle su nombre: «Alexa». Y si, por ejemplo, queréis escuchar música, debéis decir «Alexa, quiero escuchar a tal cantante o tal canción». Y cuando queráis que pare solo debéis decir «Alexa, para».

—¡Qué modernidad! —rio Bertomeu.

—Ay, hijo, ¡si es que eres para comerte! —afirmó Amparo,

que, dirigiéndose a la chica de servicio, a continuación, pidió—: Ángela, ve al cuarto de la colada. Tienes trabajo allí. Cuando te necesite, ya te avisaré.

La mujer asintió y se apresuró a desaparecer. Lorenzo sacó entonces dos dispositivos más de una bolsa.

—Y estas Alexas son para mis preciosas cuñadas América y Asia —indicó.

África, la mujer de Lorenzo y hermana de aquellas dos, miró a su marido, pero disimuló su malestar. Este se pasaba media vida agasajando a su familia para tenerlos a su favor. Para que ella siempre quedara como la tonta, la imbécil, la loca. Con disimulo, apretó los puños. Estaba furiosa. Antes de ir a casa de sus padres, Lorenzo y ella habían tenido una fuerte discusión, por millonésima vez, a causa del vestido que él le había hecho ponerse.

—Graciassssss, cuñadoooooooo —dijo América cogiendo una de las cajas.

Lorenzo sonrió y, mirando a la otra hermana, iba a hablar cuando Asia, que acababa de llegar de Valencia con su marido y su hijo, terció:

—Te lo agradezco, pero ya tenemos una en casa.

A Lorenzo no le quedó más remedio que aceptar su negativa. Asia no era tan fácil de contentar como su suegra y su otra cuñada.

—Alexa —dijo en ese momento Amparo—, pon música de Rocío Jurado.

Como era de esperar, el altavoz del dispositivo comenzó a sonar. Amparo aplaudió y exclamó dirigiéndose a sus hijas:

—¡La mejor! ¡La más grande! Y las letras de sus canciones decían verdades como puños.

Todos sonrieron. Sabían del amor de la matriarca por aquella cantante.

—Asia, América y África, id poniendo la mesa, que Ángela tiene que planchar —pidió entonces Amparo.

Sin dudarlo, las tres chicas asintieron y luego América, dirigiéndose a sus dos hijos y a su sobrino, gritó:

—Berto, Samu y Laurita, ¡cuidado, no tiréis nada!

Como era de esperar, los niños no le hicieron ni caso. Ellos

iban a lo suyo. Asia miró entonces a África, su hermana pequeña, y cuchicheó:

—Pero ¿este de qué va?

—De Superman, como siempre —contestó África contemplando a sus sobrinos con cariño. Le encantaban los niños.

Asia asintió. Lorenzo se comportaba como un idiota con sus padres.

—Cada día lo soporto menos —susurró.

Al oír eso, África la miró. Sabía perfectamente que su hermana Asia y su marido Lorenzo no se prodigaban un excesivo cariño.

—Vais a jorobarnos la comidita con vuestros reproches y vuestras malas caras —protestó América.

Oír eso no era algo agradable para África, pues su hermana sabía lo infeliz que era en su matrimonio. Tras tomar aire, respondió con acidez:

—Tranquila, guapa. Que tú disfrutes de la paellita de mamá es lo primero.

América puso los ojos en blanco.

—Eres insoportable —bufó.

—Mejor me callo lo que creo que eres tú —replicó África.

América miró a su hermana pequeña y, cuando iba a responder, Asia intercedió:

—Venga, pongamos la mesa.

En silencio, las tres hermanas se pusieron manos a la obra. Minutos después apareció Lorenzo, el marido de África, que se acercó a ella y la cogió de la cintura.

—Vida mía, ¿te he dicho lo bien que te sienta este vestido? —le dijo.

África lo miró. Odiaba que la llamara «vida mía», odiaba aquel vestido y lo odiaba a él, pero, por desgracia, su vida era así. Una completa farsa en la que ella era la protagonista.

Desde hacía años, aquel que la halagaba delante de su familia, en la intimidad era un patán egocéntrico e insoportable que pasaba de ella.

En respuesta, África solo asintió en silencio.

Sin embargo, todo tenía un límite. No podía continuar así. Su marido y sus padres controlaban su vida y eso se tenía que acabar, le pesara a quien le pesase.

Por amor a Lorenzo y a sus padres, ella se había perdido a sí misma en el camino. Durante años se había dejado controlar, pero eso se había acabado. Al mirarse aquella mañana al espejo tras la discusión por el puñetero vestido y tras los vídeos recibidos en su móvil, supo que su nivel de tolerancia había llegado a su límite.

Fue mirarse y preguntarse si quería vivir el resto de su vida de esa forma. Si quería vivir sin amor. Si quería vivir sin sexo. Si quería vivir sin experiencias. Y no. No quería.

Pero el problema era cómo terminar con aquel sin que gran parte de su familia se le echara encima, cómo hacer para que sus padres no la odiaran.

—Desde luego, cuñado, qué halagador eres siempre con tu «vida mía» —comentó América—. Ojalá Pepe me dijera cosas tan bonitas. Fíjate que me he cambiado el peinado y ni siquiera se ha dado cuenta.

Sin imaginar lo que su mujer estaba pensando, Lorenzo la soltó y, acercándose a su cuñada, indicó:

—Pues ese corte de pelo te da un aire más juvenil. ¿Cómo Pepe no te ha dicho nada?

Oír eso hizo que América volviera a sonreír. Lorenzo sabía muy bien qué decirle a cada persona.

—África, pásame las servilletas —pidió Asia tras soltar un suspiro dirigiéndose a su hermana pequeña.

La aludida se las tendió, justo en el momento en que a Lorenzo le sonó el teléfono móvil; miró la pantalla y dijo:

—Trabajo...

Una vez que él se alejó lo suficiente de su mujer y sus cuñadas en el enorme salón para atender la llamada, América comentó:

—Es tan mono...

—Monísimo —apostilló Asia, ganándose una sonrisa de su hermana pequeña.

Al oírlo, América miró a sus hermanas y gruñó:

—Desde ya os digo que hagáis el favor de relajaros, porque

esto es una comida familiar y no la vais a jorobar, ¿entendido?

Instantes después, cuando América fue a por los platos a la cocina, Asia, que sabía que su hermana menor no estaba bien, se acercó a ella.

—¿Qué ha pasado ahora? —cuchicheó.

África resopló. No era fácil hablarle de los archivos que tenía en su teléfono móvil.

—Algo muy gordo que ahora no puedo mostrarte o entrarás en efervescencia y liarás la que yo estoy intentando no liar —susurró.

Ambas sonrieron. «Entrar en efervescencia», para ellas, significaba que brotara la mala leche acumulada. Aquel idiota no paraba de jorobarle la vida a su hermana, y, cuando iba a hablar, África siseó mirando a su marido, que estaba más allá:

—No está hablando con nadie del trabajo. Fíjate en cómo disimula la sonrisa y nos mira de reojo. Está hablando con algunos de sus...

—África, por Dios... —murmuró su hermana.

La aludida asintió. Había omitido la palabra «amos» porque su hermana la había interrumpido.

—Es más —añadió África—, cuando cuelgue vendrá y soltará que ha surgido un problema en una de las obras y que tiene que irse después de comer. Y, por supuesto, durante la comida lo dirá con gesto compungido delante de todos y les hará saber que él, como el Arquitecto Superman que es, tiene que solucionarlo.

—África, ¿cuándo vas a mandarlo a freír espárragos? —musitó Asia compungida.

Ella la miró. Sabía que ese momento se estaba acercando. Lo que no sabía era cuándo ni cómo lo haría.

—Luis y yo estamos contigo —añadió su hermana—, lo sabes, ¿verdad?

África hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sabía que podía contar con ellos para todo lo que necesitara.

—Lo sé.

—Vida mía —dijo entonces Lorenzo acercándose—. Hay problemas en una obra.

África se hizo la sorprendida y, sin mirar a su hermana, murmuró con tono fingido:

—Ohhhh..., qué mala suerte, justamente hoy, que nos hemos reunido la familia y mi madre ha hecho paellita de la que te gusta.

Lorenzo se mostró de acuerdo con un gesto apenado y, cuando iba a responder, Laura, la hija de América, se aproximó a él.

—Tío Superman... Tío Superman... —dijo—. Berto y Samu me han pegado.

—¿A mi princesa le han pegado esos dos? —se quejó aquel.

La niña asintió, y Lorenzo, cogiendo a la pequeña en brazos, resolvió:

—Ahora mismo tu Superman particular lo solucionará.

Y, sin más, se marchó con su sobrina mientras África lo observaba.

Lorenzo no quería tener hijos. Le negaba ser madre una y otra vez, pero luego se desvivía con los hijos de los demás.

—Divórciate de ese gilipollas de una vez —murmuró Asia dirigiéndose a ella.

* * *

Quince minutos después, la familia bromeaba sentada alrededor de la mesa mientras Amparo alardeaba de su exquisita mano en la cocina y todos disfrutaban de la comida. El que más, Lorenzo.

Como siempre, la paella estaba buenísima y, como siempre, Lorenzo y su suegra demostraban a todos la excelente sintonía que tenían entre ellos.

África los observaba. A pesar de saber que era una desgraciada con él, ¡a su madre le daba igual! Le importaba más que su nivel adquisitivo siguiera siendo boyante y el qué dirán que la felicidad de su hija.

Ver cómo su madre bromeaba y besuqueaba a Lorenzo consumía a África. No lo soportaba. Se levantó y, mientras cogía una jarra vacía de la mesa, dijo:

—Voy a la cocina a por más agua.

—Tita, ¿voy contigo? —se ofreció el pequeño Samuel.

África lo miró. Su sobrino y ella tenían una conexión muy especial. Él era el hijo que nunca había podido tener, y con cariño murmuró:

—No hace falta, cielo.

—No tardes, vida mía, ¡o me comeré tu plato! —bromeó su marido haciéndolos sonreír a casi todos.

Una vez que la joven desapareció, fue directa a la cocina. Al entrar, cerró la puerta y, sentándose en una de las sillas de la cocina, se llevó las manos al rostro y murmuró para sí:

—Relájate..., relájate y no entres en efervescencia.

Durante unos segundos respiró para tranquilizarse, pero era complicado.

¿Por qué todo era tan injusto y difícil?

Su mierda de vida, la actitud de sus padres, Lorenzo, y... ¡todo! la estaban destrozando. Estaba acabando con ella.

Entonces oyó que comenzaba a sonar *Ese hombre* de Rocío Jurado a través de Alexa. Una canción que había oído muchas veces, puesto que a su madre le encantaba aquella intérprete.

África escuchó atenta la melodía y, como la conocía, empezó a tararearla mientras oía las carcajadas de su madre y su marido.

De todos era sabido que Amparo sentía una fuerte predilección por Lorenzo. Era su yerno preferido, y tanto Luis como Pepe lo tenían asumido.

Desde que Amparo lo conoció en un cóctel al que fue con su marido Bertomeu cuando este aún ejercía de periodista y supo que aquel era un arquitecto madrileño y que provenía de una familia adinerada y cristiana, hizo todo lo posible para que su hija pequeña dejara a Lolo, el chico con el que salía en Valencia, que era donde vivían antes.

Lorenzo era un arquitecto exitoso y varonil que provenía de una buena familia, y Lolo simplemente era un chico de barrio sin estudios y con un futuro incierto. Y, puestos a elegir entre los dos, a Amparo y a Bertomeu les pareció mucho mejor para su hija el arquitecto que Lolo.

África y este último llevaban juntos casi un año. Primero

fueron vecinos. Luego amigos. Y al final novios. Ambos tenían diecinueve años y una relación ideal. Con mirarse se entendían. Pero al aparecer Lorenzo todo cambió. Sus padres querían para ella lo mejor, y África, dejándose llevar, se alejó de Lolo para comenzar una relación con Lorenzo, que inmediatamente la deslumbró.

Al ver aquello, y aunque sentía mucha rabia, Lolo lo respetó. Él no podía ofrecerle nada a África, y Lorenzo podía ofrecérselo todo. ¿Cómo competir contra eso? Así que, deseoso de quitarse de en medio, aceptó un trabajo en Portugal y, sin decir más, se marchó.

En aquel momento África tenía diecinueve años y Lorenzo treinta y dos. Ella era una niña inexperta que estudiaba Periodismo en una universidad pública de Valencia, que soñaba viendo su película preferida, *Bajo el sol de la Toscana*, y él un hombre hecho y derecho que supo qué debía hacer para cautivarla.

Superman, como él se hacía llamar entre sus más allegados, había ido a rescatar a la dulce África, y esta caía inevitablemente en sus brazos como una damisela desvalida cada vez que la llamaba «vida mía».

Un año después, Lorenzo y África se casaron por la Iglesia con toda la pompa y la parafernalia, convirtiéndose en un precioso matrimonio digno de admirar por todo el mundo. Tan guapos. Tan monos. Tan perfectos.

Él la llevó a la Toscana de viaje de novios. Pasearon por Cortona y Montepulciano, unos pueblos que a ella la habían enamorado en su película preferida, y, tras la luna de miel, se trasladaron a vivir a un precioso ático situado en Madrid. Allí, Lorenzo le prometió ayudarla a cumplir sus sueños, entre ellos el de ser madre, pero primero debían asentarse como matrimonio, y ella, enamorada y eclipsada, lo creyó.

En Madrid, África terminó la carrera de Periodismo y, durante años, olvidándose de sus propias metas en la vida, se convirtió en la típica mujer florero junto a un hombre con poder. Lo único que Lorenzo quería era que ella estuviera siempre guapa, dispuesta, y fuera la perfecta anfitriona que lucir ante sus amigos. Y eso África lo cumplía a la perfección.

Sin embargo, según fueron pasando los años y la joven fue madurando, todo comenzó a torcerse. África no podía tomar ninguna decisión. No podía cortarse el pelo porque él la quería con su melena larga y oscura. No podía salir con sus amigos cuando iba a Valencia porque él se encelaba. No podía comerse una hamburguesa porque él lo consideraba un exceso de calorías. No podía elegir su ropa porque él la decidía en todo momento. No podía trabajar de periodista porque él ganaba suficiente dinero para ambos... En definitiva, África aprendió a aceptar las cosas como él quería. O Lorenzo era el centro del universo o las broncas y el mal rollo estaban asegurados.

Y todo empeoró cuando él, sin que le importase destruir uno de los sueños de su mujer, le dijo que no quería hijos porque eso cambiaría su figura y no estaba dispuesto a estar con una mujer con michelines, pechos caídos, estrías ni kilos de más por culpa de la maternidad. Eso destrozó a África, que siempre había deseado ser madre.

Como necesitaba ocupar su tiempo en algo más que en ir a la peluquería y al gimnasio para estar perfecta para el gilipollas de Superman, de nuevo intentó trabajar de periodista en algún diario o revista. Su marido y su padre tenían excelentes contactos que podrían ayudarla.

Ni que decir tiene que tanto Lorenzo como sus padres pusieron el grito en el cielo porque ella quisiera trabajar. Pero ¿qué tonta necesidad era esa cuando él ganaba suficiente dinero para mantenerla? ¿Acaso no la tenía como a una reina?

Al final, por falta de apoyo y a causa de las continuas discusiones, África se olvidó del tema. Estaba claro que sus sueños simplemente serían sueños.

Un día se enteró de que su amiga Patry, la hermana de Lolo, había muerto a causa de una enfermedad. África asistió al funeral y allí se encontró con sus amigos de juventud, entre ellos, Lolo, que, como ella, había madurado y ya no era un niño.

Verlo después de tantos años le removió el corazón. Fue mirarse y abrazarse, y ambos volvieron a sentir aquello que habían sentido de jóvenes, pero que terminó cuando ella tomó su decisión.

Tras el funeral, y apremiada por su marido, que la había acompañado, África regresó a Madrid sin despedirse de nadie, pues él así lo quiso.

Lorenzo era un hombre que sabía manejar muy bien a las personas, y desde el principio había sabido poner a sus suegros de su parte. Poseía una preciosa casa con jardín y piscina en un exclusivo barrio de Madrid, con servicio incluido, que era la envidia de muchos, y, deseoso de tenerlos contentos, se la cedió a ellos. Los animó a vivir allí y ellos, sin dudarlo ni un momento, dejaron su piso de sesenta metros cuadrados en Valencia y a Madrid que se mudaron. Si su yerno les ofrecía vivir gratis en aquel casoplón con jardín, piscina y servicio, ¿por qué desaprovecharlo?

A América y a su marido Pepe, que trabajaban en una asesoría jurídica en Valencia, él como informático y ella como secretaria, les había dado trabajo en su estudio de arquitectura en Madrid. Gracias a ello, ambos contaban ahora con dos buenos sueldos que les permitían vivir mejor que cuando estaban en Valencia, y, en los tiempos que corrían, eso era muy de agradecer. Pero con Asia y su marido todo era distinto. Ellos, evitando aceptar la ayuda que Lorenzo pretendía proporcionarles, se buscaron la vida en Valencia, donde continuaban viviendo. Ella era ortodoncista y él, tras terminar sus estudios de fotografía, montó su propio estudio y a ambos les iba muy bien. Nunca les había gustado aquel Superman de pacotilla.

Los años pasaron y África comenzó a despertar de su letargo y pensaba en Lolo. ¿Cómo le iría en la vida?

Empezó a reconocer que se encontraba en una jaula de oro y a darse cuenta de que aquello no era lo que ella quería, pero no sabía cómo abrir la puerta para escapar. Como se creía muy listo e intocable, Lorenzo no se percató de que África no solo se despertaba, sino que además estaba al tanto de sus devaneos con otras personas, hasta que un día, envalentonándose, se presentó en el hotel donde sabía que él estaba y lo pilló in fraganti.

Aquello horripiló a la joven. Su marido apenas la tocaba, raramente le hacía el amor, y ahora se lo encontraba allí con otras

personas, disfrutando del sexo.

Humillado tras la pillada de su mujer, Lorenzo le suplicó, le imploró, le rogó que le diera otra oportunidad. La quería. La amaba. Era la mujer perfecta para él. Sabía controlarla y, sobre todo, ella era una estupenda tapadera para mantener su doble vida. Y África, viéndolo llorar como a un niño, lo perdonó a pesar de lo que pensaba.

Sin embargo, no pasaron más de tres meses hasta que una noche, tras discutir porque Lorenzo no quería mantener relaciones sexuales con ella, él le propuso que tuviera sexo con un amigo suyo. Oír eso la enfureció más aún. Pero ¿qué locura estaba diciendo su marido? Y este, viendo que había metido la pata y que quizá luego ella iría contándolo por ahí, comenzó a decir que estaba loca y se inventaba las cosas.

En busca de apoyo, y para adelantarse a lo que su mujer pudiera decir, Lorenzo habló con sus suegros. Les explicó que África se inventaba cosas terribles, y aquellos se echaron las manos a la cabeza horrorizados. Pero ¿acaso su hija se había vuelto loca? ¿Cómo podía acusarlo de aquello al pobrecito que la llamaba «vida mía»?

Amparo y su hija América hablaron con África y le dijeron lo descontentas que estaban con ella. Le recordaron la suerte que había tenido al encontrar a un hombre que la tenía viviendo como a una reina y, aunque ella intentó contarles la verdad, Amparo y América, haciendo caso omiso de lo que les decía, insistieron en que diese gracias a Dios por haber puesto a Superman en su camino y le pidieron que se dejara de tonterías.

Por su parte, al enterarse de aquello, Asia se escandalizó y, desde Valencia, entró en efervescencia. Al contrario que su madre y su hermana mayor, le hizo saber a su hermana pequeña que no tenía por qué vivir con aquel imbécil, pero África, perdida y desconcertada, no hizo nada de nada.

No obstante, sin darse cuenta, algo había ido cambiando en ella. Con todo lo que le estaba pasando, la niña inocente de diecinueve años que había sido en su día se había esfumado para dar paso a una mujer que de pronto había empezado a quererse y a

darse cuenta de que no era tonta. Y sin que Lorenzo lo supiera, contrató a una agencia de detectives para que le dieran información de todos los movimientos de su marido. Personales y comerciales. Quería saberlo absolutamente todo.

Lo que descubrió a nivel profesional era lo que imaginaba. Chanchullos con ayuntamientos y políticos. Dinero negro. Pero lo que la dejó atónita fue un vídeo en el que se le veía vestido de conejito jugando con dos hombres a los que llamaba «amos».

¡¿Amos?! ¿Lorenzo era sumiso, gay y tenía amos?

Verlo con orejitas rosas y el pompón en el trasero ofreciéndose a aquellos fue la gota que colmó el vaso para África. Por fin entendía por qué su marido nunca había sido fogoso en el sexo y por qué rechazaba acostarse con ella. A su marido le gustaban los hombres, no las mujeres, y ella únicamente era la tonta que evitaba que la gente especulase.

Estaba pensando en ello cuando susurró:

—Como dice la canción, es un estúpido, un engreído...

De pronto, la letra de aquella canción, que había oído cientos de veces, sin saber por qué le hizo entender cuál era su realidad con aquel sinvergüenza, y cuchicheó:

—Mira, mamá..., por fin estamos de acuerdo en algo. La letra de esta canción dice verdades como puños.

Levantándose, abrió el mueble de la cocina, cogió un vaso y bebió agua. La necesitaba. Cuando terminó, supo que la puerta de su jaula de oro acababa de abrirse en ese instante. No iba a continuar casada con Lorenzo, aunque sus padres le retiraran el saludo. Tenía treinta y cinco años y era una mujer lista e inteligente, aun cuando ellos se empeñaran en hacerle creer que era tonta.

Por ello, después de llenar la jarra de agua, y antes de salir de la cocina, al cambiar a otra canción de la Jurado, cogió el dispositivo inalámbrico que Lorenzo les había regalado a sus padres y, saliendo adonde toda la familia estaba reunida, dejó la jarra sobre la mesa e indicó:

—Alexa, repite la canción *Ese hombre* de Rocío Jurado.

Todo el mundo la miró. ¿Qué hacía?

Acto seguido, cuando comenzó a sonar la música, África miró a su marido y soltó:

—Te la dedico porque te define a la perfección.

—¡Vida mía! —musitó él.

—¡África! Pero ¿qué locura estás diciendo? —la regañó su madre.

La joven tomó aire e indicó:

—Mamá, como tú dijiste, las canciones de Rocío dicen verdades como puños. ¡Y justamente todo esto y más es lo que yo pienso de tu amado Lorenzo!

Amparo miró horrorizada a su marido Bertomeu, que tenía la boca llena de arroz, y, cuando iba a hablar, África miró a sus sobrinos y pidió dulcificando su tono de voz:

—Berto, Samu, Laurita, ¡id a la cocina a por el helado y la tarta!

Los niños se levantaron de inmediato y América protestó:

—Pero ¡si no han terminado de comer!

Sin responder, y temblando por dentro, África miró a Asia y comentó:

—Acabo de entrar en efervescencia.

Su hermana asintió y, con la mirada, le transmitió que estaba con ella. Eso hizo que África se envalentonara más: tras sacar su teléfono móvil, le dio al vídeo para que comenzara a reproducirse y, enseñándoselo a todos, mirando a Lorenzo, dijo:

—Siempre dices que eres un marido fiel y yo una loca que me invento cosas. Pues muy bien, ¡vida mía! —se mofó—, ahora, si tienes huevos, dime a mí y diles a ellos que tú no eres el conejito de orejitas y pompón rosa en el trasero que está en el vídeo con esos dos tipos, a los que, por cierto, llamas «amos».

Todos se quedaron mirando la pantalla del teléfono de África sin dar crédito. Lo que veían era muy fuerte, bochornoso. Amparo apenas podía articular palabra. Su marido tampoco. Lorenzo no sabía dónde meterse. ¿Cómo había podido conseguir aquello su mujer? Y, cuando iba a hablar, África, tratando de evitar que la voz le temblara, declaró:

—Quiero el divorcio, y aunque nunca he sido egoísta, ni

materialista, ni aprovechada, en este caso, y por primera vez en mi vida, lo voy a ser en mi propio beneficio. Estamos casados en régimen de gananciales y, tras haber sido tu tapadera para que la gente no sospechara de tu sexualidad, quiero todo, absolutamente todo lo que me corresponda. ¡Hasta el último euro!

—¡¿Qué?! —exclamó Lorenzo.

Se acabó el ser idiota, comedida y tonta. Él la había infravalorado. La había humillado. La había vejado. Y, mirándolo, cuchicheó:

—Tengo treinta y cinco años. Dejé mis sueños por ti. Me sacrifiqué por ti. No he tenido hijos por ti. He tragado lo intragable por ti, pero eso se acabó, y ahora quiero el divorcio y absolutamente todo lo que me corresponde. Y me da igual lo que mis padres o tú penséis, digáis o maquinéis, porque esta vez no voy a cambiar de opinión.

—¡África! —gritó Amparo.

—Pero, vida mía... ¿Qué te ocurre? ¿Acaso quieres matar nuestra idílica relación? —murmuró Lorenzo.

Oír eso hizo sonreír a África. Lo de «idílica» sobraba.

—No puedo matar algo que siempre ha estado muerto —replicó.

—Pero ¡esta muchacha se ha vuelto loca! —exclamó Bertomeu—. ¿Qué locura está diciendo?

A África no le importó oír a su padre. No esperaba apoyo ni de él ni de su madre, y con la mirada puesta en el que aún era su marido, siseó:

—Como se te ocurra liármela, jugármela o complicarme el divorcio, te juro que este precioso e instructivo vídeo en el que se te ve tan rematadamente bien disfrazado de conejito ofreciendo tu rabito y lo que no es tu rabito lo van a ver hasta en China, ¿te queda claro, Superman de pacotilla?

Ni que decir tiene que la que se montó tras sus palabras fue de órdago.

Sus padres, encolerizados y avergonzados por lo que África les había enseñado, le pidieron a Lorenzo que se marchara y este así lo hizo. Acto seguido, Amparo y Bertomeu, en vez de arropar a su

hija, se le echaron encima. ¿Cómo podía haberles enseñado aquel vídeo de su marido? ¿Acaso se había vuelto loca para faltarles así al respeto? Y, cuando vieron que no iban a hacerla cambiar de opinión en lo que se refería al divorcio, le pidieron que abandonara la casa. Si se iba a divorciar, no querían tener nada que ver con ella.

África simplemente acató la orden. Ni lloró, ni suplicó. Tan solo cogió su bolso y, tras mirar a su hermana América, que consolaba a su madre, salió de aquella casa acompañada por Asia, su cuñado Luis y su sobrino Samuel. Si sus padres querían eso, así sería.

Esa noche, en la que durmió en un hotel con su hermana, su cuñado y su sobrino Samuel, por primera vez en mucho tiempo la joven se sintió bien consigo misma. Su decisión había cambiado su futuro y ahora podía ser libre. Libre para hacer y deshacer. Libre para disfrutar de la vida y el sexo. Libre para todo. Y, quitándose el anillo de casada, lo dejó sobre la mesilla y sonrió. Volvía a ser África.

Capítulo 2

Irene nunca quiso tener hijos.

Trabajaba en locales de *striptease* y era prostituta cuando se quedó embarazada del hombre al que quería, y decidió tener el bebé imaginando que él la cuidaría. En un principio, al embarazo lo llamó «accidente», y cuando nació la niña, a la que le puso el nombre de Belinda, lo llamó «inconveniente». Y más cuando el padre desapareció pasando de ellas.

Desde pequeña, Belinda siempre sintió que sobraba y molestaba. ¿Y por qué lo sabía? Pues porque su egoísta y desnaturalizada madre se había encargado siempre de hacérselo saber.

Para desgracia de la chiquilla, no tenía familia alguna. Irene nunca le dijo quién era su padre, por lo que se crio por temporadas en los servicios sociales y, cuando no, con ella, sin la posibilidad de recibir el cariño de un padre, unos hermanos, unos abuelos, tíos o primos. Para Belinda no existieron fiestas de Navidad ni de cumpleaños. Irene la ignoró siempre y ella, desde bien pequeña, tuvo que aprender a buscarse la vida, a refugiarse en la lectura de los libros, en la escritura, a vivir sin mimos ni abrazos y a mentir a los vecinos para que no volvieran a llamar a los servicios sociales.

Los años pasaron y Belinda creció. Era alta, guapa y rubia como lo había sido Irene, pero, a diferencia de ella, se alejó todo lo que pudo de los locales de *striptease* y de los prostíbulos. Ella quería otra vida. Quería tener amigos, una familia y, sobre todo, vivir sin tener que soportar al chulo de turno, como había tenido que aguantar a los de Irene.

Como necesitaba sentirse parte de algo y estaba tremendamente perdida en la vida, Belinda, animada por una mujer que conoció uno de los días que estaba sentada en un banco

en el parque, comenzó a ir a una asociación de mujeres. Allí la ayudaron a quererse, a sentirse bien, a salir adelante y, sobre todo, a sentirse orgullosa de quien era.

Aquella jovencita de buen talante y sonrisa perpetua, a pesar de las vicisitudes de su vida, se merecía la oportunidad de mejorar su vida. Atrás quedó sentirse juzgada por tener la madre que tenía. Atrás quedó sentirse el inconveniente. Con el paso de los años, Belinda se convirtió en una integrante bastante activa de la asociación, aunque en su interior aún guardase cosas que le dolían.

A pesar de carecer de estudios, pues Irene nunca se había preocupado de que su hija aprendiera, instintivamente a Belinda se le daba bien expresarse mediante la escritura.

Escribir siempre había sido su válvula de escape. Contarle a un trozo de papel lo que le pasaba, la infelicidad que sentía y cómo lograba superarlo fue lo que hizo que no explotara.

Escribió infinidad de diarios personales desde bien pequeña. Cualquier papel o libreta eran buenos para desahogarse. Y cuando maduró escribió un par de manuscritos. Uno contando su dura vida y cómo la había encarado para no morir en el intento junto a Irene, a la que nunca llamaba «madre», y otro, relatando las experiencias de muchas de las mujeres que había conocido a través de la asociación. Eran relatos repletos de miedos e inseguridades, pero, por suerte, muchos terminaban llenos de positividad, superación y amor.

Además de eso, Belinda era una gran lectora de libros que sacaba en préstamo de la biblioteca. Por tanto, y a pesar de que tenía muy pocos estudios, sabía expresarse muy bien, así que se convirtió en la encargada de redactar los comunicados o los anuncios de la asociación que colgaban ofreciendo su ayuda.

Pero la vida es caprichosa, y un Alzheimer galopante, potenciado por las drogas y el alcohol que tomaba, le quebró bien joven la vida a Irene. Con veintipocos años, y a pesar de que aquella nunca la cuidó, la mimó, ni la abrazó, Belinda fue la única que se preocupó de su bienestar.

La joven no sentía amor por ella, del mismo modo que Irene nunca lo había sentido por su hija. Pero la palabra *madre* le pesaba.

Aunque la mujer no se lo mereciera, sabía que no podía abandonarla. Y, por ello, la joven, pidiendo ayuda a todo el que pudo, encontró una plaza en una residencia de la Comunidad de Madrid, que pagaba mensualmente con esfuerzo, y una vez cada quince días iba a visitarla. Siempre eran los días 15 y 30 del mes.

Durante esos años, Belinda trabajó en todo aquello que le salía: camarera, limpiadora, paseadora de perros, mudanzas... Cualquier cosa era buena para poder pagar la residencia de Irene. Hasta que, gracias a una mujer de la asociación, consiguió un contrato en una empresa que llevaba el servicio de limpieza de un hospital.

La vida la había convertido en una mujer luchadora, y aprendió a buscarse la vida por sí sola. Nunca dependió de nadie, hasta que apareció Víctor y le mostró esa cara de la vida dulce y bonita que ella nunca había conocido.

Enamorarse y sentirse parte de la vida de alguien, y que ese alguien se implicara también en la suya, fue algo nuevo para Belinda y, dejándose llevar por la embriagadora sensación, lo disfrutó.

Ese día, tras salir de su visita quincenal a Irene en la residencia, pasó por una imprenta para recoger algo importante. Sin decirle nada a su novio, había escrito su bonita historia de amor, plagada de momentos especiales y divertidas anécdotas en unos folios que había llevado a encuadernar.

Miró su encargo encantada. Verlo encuadernado y con folios blancos de más para continuar escribiendo la historia la hizo sentirse muy feliz. Cuando su teléfono sonó, la muchacha sonrió. Era Víctor.

—Holaaaa —saludó—, ¿cómo va todo?

—Bien, bien —se apresuró a decir él—. ¿Dónde estás, cielo?

Belinda, que no quería decírselo, salió de la imprenta y, mientras caminaba hacia el parking para recoger su coche, mintió:

—Saliendo de la residencia. ¿Por...?

Víctor cerró los ojos al oír eso. Lo que estaba haciendo lo había pensado mil veces. Y, apoyándose en la pared de la casa que compartía con aquella, respondió mirando a los perros:

—¿Irene está bien?

Belinda llegó hasta su coche y, dándole al mando a distancia, afirmó con frialdad:

—Como siempre.

Víctor asintió y ella, tras abrir la puerta de su vehículo, dejó con cuidado el cuaderno que acababa de recoger y preguntó:

—Oye, ¿qué te pasaba anoche que no parabas de moverte?

—Dormí fatal —musitó él.

—¿Y eso?

—No lo sé.

Pero lo sabía. Claro que Víctor lo sabía. Entonces ella, ajena a todo, afirmó:

—Bueno, sé positivo, y piensa en lo bien que dormirás esta noche.

Víctor les tocó la cabeza a sus perros y volvió a asentir.

—¿Qué te apetece cenar esta noche? —preguntó entonces aquella.

—Lo que quieras, cariño.

Belinda sonrió. Quería preparar algo especial. Era su aniversario. Llevaban viviendo juntos cinco años y eso había que celebrarlo. De ahí los regalos que tenía para él.

—Venga, hombre, esa es la respuesta de siempre.

Víctor no contestó. Y, agobiado por la situación, sin recordar el aniversario contestó:

—Lo que tú quieras, sabes que siempre me parece bien.

Belinda sonrió. Tenía razón. Víctor era conformista en cuanto al tema comida. Se puso el cinturón de seguridad y antes de arrancar dijo:

—Vale. ¡Decido yo, como siempre!

Se quedaron unos segundos en silencio, hasta que él, recomponiéndose, dijo:

—Cariño, tengo que dejarte.

—Vale.

—Te quiero. No lo olvides nunca.

Belinda sonrió al oírlo. Adoraba que Víctor le dijera aquello, y respondió:

—Yo sí que te quiero. Luego nos vemos en casa.

Una vez que cortó la conversación y dejó el teléfono sobre el asiento del pasajero, Belinda encendió la radio del coche y comenzó a sonar *Run the World* de Beyoncé. Mientras la tarareaba, la joven sacó sonriendo el vehículo del parking y se sumergió en el tráfico de Madrid.

Veinte minutos después, tras aparcar en un centro comercial, y dichosa por el bonito día, se encaminó hacia la tienda preferida de su chico. Si algo le gustaba a Víctor eran los videojuegos, y sabía cuál comprarle como regalo de aniversario. Ella siempre estaba atenta a todo. Le encantaba hacerlo feliz.

¿Había algo más bonito que regalar?

Mientras la dependienta buscaba lo que le había pedido en el almacén, Belinda abrió gustosa su móvil y miró sonriendo una foto de ellos dos con sus perros. ¡Qué feliz era!

Gracias a san Destino, Víctor y ella se habían conocido en un evento donde se presentaban juegos de ordenador, en el que Belinda trabajaba como camarera. Nada más conocerse el chispazo que surgió entre ellos fue tan brutal que ya no pudieron separarse.

Víctor era todo lo contrario de los hombres con los que solía salir. Era un par de centímetros más bajito que ella. Moreno, pelo rizado y bastante delgado. No iba al gimnasio. No era musculoso. No tenía tatuajes. Era un friki de los videojuegos que trabajaba en una tienda de informática, pero poseía una bonita sonrisa y, sobre todo, la hacía sonreír.

Cuando llevaban tres meses y tres días, Víctor apareció con un precioso anillo para ella. Que él le regalara eso emocionó a Belinda por su bonito significado, y fue entonces cuando decidieron dar el paso de irse a vivir juntos al pisito que Irene había comprado en el barrio de Legazpi y que había puesto a nombre de Belinda.

Un piso que la mujer disfrutó hasta que tuvo que ser ingresada en la residencia. Allí vivía Belinda con sus dos perros, *Jamón* y *Queso*, dos perretes que se encontró una noche al lado del cubo de la basura siendo unos cachorros. Fue verlos y enamorarse de ellos. Belinda estaba sola, su madre ya no vivía con ella, y *Jamón* y *Queso* pasaron a ser su única familia.

Víctor era antimatrimonio. Las bodas no eran lo suyo, a pesar de que le había regalado el anillo. Ella quería casarse. Ser madre. Crear la familia que nunca había tenido. Pero por amor a Víctor había dejado todo aquello de lado. Si se amaban, ¡¿qué importaba todo lo demás?!

Una vez que la dependienta le entregó el videojuego y ella lo pagó, pasó por el supermercado al salir de la tienda. Quería preparar una cenita muy especial y, tras pensarlo un poco, compró gambas, que haría con espárragos trigueros, y de segundo, unos buenos solomillos a la pimienta. De postre, tartita de chocolate y nata. La preferida de ambos.

Feliz con sus compras, la joven metió las bolsas en su coche y se encaminó a su casa.

Al llegar, nada más abrir la puerta, su perro *Jamón* fue a saludarla. *Queso*, como siempre, cada vez que oía la puerta se escondía debajo de la cama de ella, pues era muy miedoso.

Estaba saludando a *Jamón* cuando *Queso*, al oír la voz de Belinda, salió de su escondite. Gustosa al verlo llegar hasta ella, se sentó en el suelo, donde se dedicó a dar mimos, besos y abrazos. Recibir el cariño que sus perros le daban era maravilloso y único. Y así estuvo un rato, hasta que de pronto se fijó en el mueble de la televisión. ¿Y esos huecos?

Pestañeando, vio que faltaban CD de música, películas y libros.

Pero ¿qué había pasado allí? ¿Dónde estaba lo que faltaba?

Levantándose del suelo, iba a caminar cuando le sonó el teléfono móvil. Al mirarlo y ver que era un mensaje de WhatsApp de Víctor, rápidamente lo desbloqueó y leyó:

> Llevo meses dándole vueltas, y creo que la mejor opción es esta: Belinda, te dejo. Nuestra relación se acabó. Sé que me odiarás por ello, pero...

Bloqueada, dejó de leer mientras sentía que le faltaba el aire. No. Eso no podía estar pasando. ¿Acaso era una broma?

¡Joder, que era su aniversario!

Aturdida, se sentó en el sillón y, tras tomar aire, volvió a leer:

> Llevo meses dándole vueltas, y creo que la mejor opción es esta: Belinda, te dejo. Nuestra relación se acabó. Sé que me odiarás por ello, pero he de ser sincero contigo y debes saber que conocí a una mujer y vamos a tener un hijo juntos. En cuanto a *Jamón* y *Queso*, son tuyos. No voy a pedir nada de ellos, aunque me gustaría que alguna vez me dejaras verlos. Te quiero y siempre te querré.

Sin dar crédito, y como si el móvil le quemara en las manos, Belinda lo soltó.

Víctor la había dejado. Su Víctor. Como había hecho Irene toda su vida, sin pensar en su corazón ni en sus sentimientos, la había abandonado.

Boqueando para no gritar como una loca, sus ojos se detuvieron en *Jamón* y *Queso*, y murmuró para sí:

—Menudo cabronazo... ¡En foto os va a ver...!

Cogió de nuevo el teléfono, volvió a leer el mensaje por tercera vez y, directamente, marcó el número de teléfono de Víctor, pero este no se lo cogió. Eso sacó de quicio a Belinda, que, cada vez más enfadada, le mandó un mensaje de voz que decía:

> ▶ «¿No solo me la estás pegando con otra, sino que vas a tener un hijo con ella, y encima eres tan jodidamente cobarde de dejarme por WhatsApp? ¡Serás sabandija! Y en cuanto a *Jamón* y *Queso*, ni se te ocurra acercarte a ellos o te juro que lo lamentarás.»

Tras enviarlo, volvió a llamar una, dos, tres, hasta veinte veces, pero él no se lo cogió. Estaba claro que daba por concluida su relación de aquella manera tan radical.

Belinda se puso en pie y fue hasta la habitación donde Víctor jugaba con sus videojuegos.

Al abrir la puerta, jadeó. Estaba vacía. Allí no estaban ni sus ordenadores, ni su mesa, ni su silla de *gamer*, ni sus archivos del

trabajo... ¡Nada! ¡No había nada! Solo quedaban recuerdos.

Tomando aire, entró en el dormitorio que habían compartido durante cinco años y, al abrir el armario, el olor de Víctor la inundó. Al ver el interior vacío, cerró de nuevo con rabia y siseó:

—Maldita rata...

Según dijo eso, rápidamente le vino a la cabeza una canción que Irene cantaba cada vez que recordaba a su padre... ¿Por qué tenía que pensar ahora en aquello?

Volvió a mirar a su alrededor. Allí ya no había nada de Víctor. Se lo había llevado todo.

¿En serio era tan cobarde? ¿De verdad cinco años juntos no habían sido nada para él, pues era capaz de marcharse a hurtadillas sin pensar en cómo podía tomárselo ella?

Engañada... Se sentía terriblemente engañada por ese hombre, en quien había depositado toda su confianza. ¿Así se lo pagaba él? ¿Acaso san Destino ya no estaba a su lado?

Enfadada y molesta, miró el anillo que Víctor le había regalado años atrás. Llevar ese anillo en el dedo significaba algo para ella que ahora ya no tenía sentido y, tras tomar aire, se lo quitó, fue hasta el baño, abrió la tapa del váter y musitó mientras lo arrojaba al interior:

—La mierda con la mierda se va.

Acto seguido, tiró de la cadena y el anillo desapareció en cuestión de segundos.

Se tumbó en la cama y levantó la vista al techo, el mismo que tantas veces habían contemplado juntos imaginando viajes, mientras sentía que deseaba llorar, pero las lágrimas no le salían. Ahora entendía por qué él no había parado de dar vueltas la noche anterior sin poder dormir.

¿Cómo podía llevar tiempo con otra mujer sin que ella se hubiera dado cuenta?

Un hijo..., ¡Víctor iba a tener un hijo!

Quería llorar. Necesitaba llorar, pero, como siempre, desde hacía años, las lágrimas no aparecieron. Quería a Víctor. Lo amaba. Pero si algo le había enseñado una vida junto a Irene era a ser fuerte. Y aunque el dolor por lo que Víctor había hecho le partía el

corazón, ella tenía la cabeza fría y muy bien amueblada.

Una vez más, la puñetera vida le insistía en que estaba sola, pero su cabeza le recordaba que debía quererse, ser egoísta y pensar en sí misma. Si ella no lo hacía, ¿quién iba a hacerlo?

Sentándose en la cama, miró a sus perretes, que la observaban desde el suelo con gesto triste. Sin duda entendían lo que pasaba. Para que luego dijeran que los animales no tenían sentimientos. Y, bajándose al suelo con ellos, dijo cuando estos fueron a consolarla:

—Por suerte, os tengo a vosotros... Tranquilos, estoy bien.

Y sí. Belinda estaba bien. Pero también estaba triste, humillada y decepcionada.

La vida le volvía a quitar a alguien. Su corazón estaba roto en mil pedazos. Pero su cabeza la animaba a continuar y a no dejarse vencer.

El hombre en el que había depositado todas sus ilusiones y su confianza le acababa de dar una patada en el culo para irse con otra mujer que le iba a dar un hijo, y eso dolía. Dolía bastante.

* * *

Dos horas después, tras haberse duchado, serenado y preparado una exquisita cena que compartió con *Jamón* y *Queso*, comenzó a sonar por la radio la canción *Te felicito*, de Shakira y Rauw Alejandro. Estaba claro que Víctor era un buen actor. ¡Qué bien había interpretado su papel!

Dolida, miró el cuaderno que había escrito para él y se sintió tonta. Allí contaba todo lo bonito que les había ocurrido, sus sueños, su amor, sus anhelos... Y, tomando un trago de su copa de vino, susurró mientras lo metía en un cajón del mueble de la televisión:

—Seré idiota...

Diez minutos después, tras servirse otro vinito y sentarse en el sofá, se miró la mano, donde ya no estaba el anillo, y resopló. Quizá tirarlo al váter había sido exagerado, pero rápidamente se reafirmó: ¡había hecho bien!

Convencida de haber actuado como su corazón le pedía, abrió

su móvil, buscó el chat de WhatsApp de Víctor y, con la voz tranquila, le envió un nuevo mensaje:

▶ «Mira, pedazo de rata. Si Irene no me hundió, ten por seguro que tú tampoco lo harás. Y recuerda: no sé ni cuándo, ni cómo, ni dónde, pero algún día, y a la cara, porque no soy una cobarde como tú, te voy a decir lo que pienso de ti.
Y ahora..., ¡que te den!»

Acto seguido, dejó el teléfono sobre la mesa, sacó el cuaderno que había guardado minutos antes y, con el corazón roto, comenzó a escribir cómo se sentía mientras tarareaba una vieja canción que tantas veces había oído cantar a Irene.

Capítulo 3

—Vamos, chicos, ¡daos prisa!

—Mamáááá, dile a Bosco que salga del baño ¡ya!

—Dunia, ¡no grites! Vas a despertar a tu padre —indicó Gema.

La joven miró a su madre y se encogió de hombros.

—Oh, por favor..., qué penita despertarlo —repuso.

—¡Dunia! —regañó Gema.

Madre e hija se miraron en silencio. No necesitaban decir nada para entenderse. Al ver los pendientes que la cría llevaba puestos, Gema preguntó:

—¿Son los que te regalaron ayer los yayos?

Dunia asintió. El día anterior, ella y su hermano habían cumplido dieciocho años y, como era de esperar, su madre les había organizado una magnífica fiesta de cumpleaños.

—¿A que son ideales? —contestó con una sonrisa mientras le mostraba los pendientes de zafiros.

Gema sonrió a su vez. Los pendientes eran muy bonitos. Y la joven, enseñándole la pulsera que llevaba, dijo a continuación con mofa:

—Pero mi regalo preferido es la pulsera de la bisa.

Gema soltó una risotada. La «bisa» era su abuela, bisabuela de Dunia.

—Como oiga que la llamas «bisa», ¡te cruje! —cuchicheó divertida.

Ambas rieron y luego Dunia señaló:

—Me encanta llevar por fin la misma pulsera que lleváis las tres. La bisa, la abu y tú.

Gema asintió. Aquella tradición, que había iniciado la abuela de su abuela, era algo muy de la familia. La más mayor tenía que

regalarle una pulsera de plata a la más joven al cumplir los dieciocho en la que pusiera la frase «Puedo hacerlo». Una tradición que a todos les gustaba, excepto a Tomás, que lo veía una tontería.

Gustosa, Gema le enseñó la mano, en la que llevaba la pulsera que su bisabuela le había regalado en su día.

Dunia sacó entonces el móvil del bolsillo y dijo poniendo la mano al lado de la de su madre:

—¡Fotoooooo!

Divertida, la joven hizo una foto de las manos y exclamó:

—La subo a mi Instagram pero ¡ya!

Gema sonrió. Su hija era una loca de las redes sociales, y estaba riendo cuando la oyó decir:

—Por cierto, mamá. Esta noche tenemos que echarle un vistazo contigo a un email que hemos recibido Bosco y yo de la universidad de Londres.

—Por supuesto, cariño.

Tras valorar varias universidades en España, sus hijos finalmente se habían decantado por una privada de Londres. Por suerte, se lo podían permitir, e invertir en el futuro de sus hijos para ella era lo mejor. Bosco quería estudiar Tecnología y proseguir con sus clases de danza, y Dunia, Ingeniería. Eran listos, aplicados, y sin duda irían a Londres.

Instantes después, Gema pensó en su abuela. Felicidad era una mujer que a sus ochenta y seis años estaba llena de inquietudes y, sobre todo, de vida. Si alguien disfrutaba de la vida, esa era ella. Una mujer que se había quedado viuda muy joven con una hija y que, de la nada, hizo un imperio vendiendo fruta. Lo que comenzó siendo un simple puestecito de venta era ahora la mayor distribuidora de fruta de toda España. Y en la actualidad la gestionaban su hija María y su yerno Jesús.

Felicidad era presumida, coqueta y atrevida. Salía con las amigas los fines de semana a bailar, a ligar, a disfrutar, y siempre que podía se iba de viaje con quien se lo propusiera. Su último proyecto laboral había sido montar una cafetería frente al colegio de sus bisnietos con dos de sus amigas. Una cafetería a la que llamaron «El Bizcochito de las Yayas», un nombre muy particular

para ellas.

Desde hacía diez años la cafetería tenía un éxito increíble. Todo el mundo iba allí a disfrutar de los bizcochos ricos y caseros que preparaban tanto Felicidad como sus dos amigas Gregoria y Manoli.

—Bosco, cielo, ¡sal para que pueda entrar tu hermana! —indicó Gema—. Vais a llegar tarde a clase.

Segundos después, la puerta se abrió y apareció un chaval alto y muy varonil que dijo:

—Qué pesada es la niñita, con tanto mirarse al espejo.

—¡Tú sí que eres pesadito con tanto mirar tu pelito rubio! —exclamó Dunia al oír a su mellizo.

—¿Queréis no chillar, que vais a despertar a vuestro padre? —insistió Gema.

Dunia y Bosco se miraron y este último cuchicheó:

—Eso es lo último que me preocupa, mamá.

Gema suspiró. La noche anterior, su marido se había comportado una vez más como un idiota al ver a Bosco. Como regalo de cumpleaños por parte de Damián, su chico, se había cortado el pelo y teñido de rubio, cosa que a su padre, Tomás, no le gustó, pues no aceptaba que fuera gay.

—Dentro de cinco minutos os quiero en el coche o mucho me temo que os vais a ir andando a clase, ¿entendido? —zanjó Gema sin ganas de polemizar.

Dicho esto dio media vuelta, y, al ver que su perra la miraba, señaló:

—Lo sé, *Gamora*..., lo sé... ¡Ahora te pongo el desayuno!

Nada más oírla, el animal corrió hacia la cocina, y una vez que Gema le echó el pienso en su cazo, indicó según se lo dejaba en el suelo:

—Come tranquila. Nadie te lo va a quitar.

Decir eso era inútil. *Gamora* no comía..., ¡aspiraba! Y antes de que Gema se incorporara, aquella ya estaba saliendo de la cocina con la panza llena; en ese momento, Tomás, su marido, entró y, mirándola, dijo con mal gesto:

—Todas las mañanas lo mismo con tus jodidos niños...

Gema suspiró al oírlo. Que dijera «mis hijos» o «tus hijos» dependía de su nivel de enfado, y no contestó. ¿Para qué?

—Tengo el estómago fatal.

Ella lo miró y, sacando su lado protector hacia los suyos, empezó a decir:

—Tómate un...

—Soy mayorcito —la cortó él—. Sé qué tomarme. ¡No me des la murga!

Gema calló. Cuando le hablaba de ese modo era mejor ignorarlo. Él se rascó entonces la cabeza y añadió suavizando el tono al tiempo que se acercaba a ella para besarla:

—Perdona, princesa.

Ella cabeceó y acto seguido él la cogió de la mano y, acercándosela, la besó. Cada vez que su marido la llamaba «princesa» y la besaba de aquella manera, el mundo temblaba bajo sus pies. La rabia o el enfado que sintiera por él se disipaban. Un mimo de su parte era como un soplo de aire fresco. Y Tomás, viendo que había conseguido el efecto que buscaba, preguntó soltándola:

—¿Adónde vas tan guapa?

Ella lo miró desconcertada. Simplemente llevaba un pantalón negro pirata y una camiseta blanca.

—Princesa, sabes que no me gusta que llames la atención —insistió él.

Gema quiso reír, pero no lo hizo. Intentaba ser muy discreta con la ropa, pues sabía que a Tomás no le gustaba que llamara la atención. Incluso a veces se sentía demasiado clásica y antigua con lo que se ponía para pasar desapercibida, pero su problema era que, como decía todo el mundo, ¡cualquier cosa le sentaba bien!

Estaba pensando qué contestarle cuando él preguntó:

—Hoy tenías hora en el taller para dejar allí tu coche, ¿verdad? —Ella asintió y él agregó—: Yo lo llevaré.

—No hace falta, puedo llevarlo yo.

Tomás la miró y, con aquel gesto de superioridad suyo, repuso:

—Ni hablar. Yo lo llevaré. Tú no pintas nada en un taller

lleno de hombres.

—Pero...

—Utiliza mi coche —la cortó—. Y cuidadito con él, que eres muy torpe.

Gema calló. No era torpe, nunca lo había sido. Conducir el coche de su marido siempre suponía un problema. Si algo adoraba Tomás era su puñetero coche, que cuidaba y mimaba como a nadie. Sabía que esa noche él se enfadaría al ver que había ajustado el asiento para conducir o los espejos para ver mejor. Pero ¿cómo pretendía que condujera sin hacer aquello?

—De acuerdo —claudicó finalmente.

En ese instante entraron en la cocina Bosco y Dunia. Al ver a su padre, se lo quedaron mirando, y de inmediato Tomás soltó al ver a su hijo:

—Ya puedes ir a la peluquería para que te quiten ese color rubio que te has puesto.

Bosco no contestó, no pensaba hacerlo. Con dieciocho años ya podía decidir el color de pelo que quería llevar.

—¿No le das un beso de buenos días a tu papaíto? —dijo entonces Tomás dirigiéndose a Dunia.

La muchacha lo miró. Había muchas cosas de su padre que no le gustaban, pero, al fin y al cabo, ¡era su padre! Y, tras abrazarlo, le dio un beso.

—Claro que sí, papaíto.

Una vez que Dunia se marchó, Tomás miró a su mujer e iba a hablar cuando esta se le adelantó:

—Vamos tarde. Adiós.

* * *

Veinte minutos después, Gema dejó a sus hijos donde cursaban su último curso de bachillerato y suspiró. Durante el trayecto, Bosco había hablado de la actitud de su padre la noche anterior y, como siempre, ella había tratado de suavizarlo. No quería echar más leña al fuego.

—¡Gemaaaaaa!

Volvió la cabeza y se encontró con Patricia, una de sus amigas del colegio de toda la vida. Su hija, Leire, y los hijos de Gema iban a la misma clase desde pequeñitos.

—¿Vas a tomar un cafetín al Bizcochito? —le preguntó.

Sin dudarlo, Gema asintió y, juntas, se dirigieron a la cafetería de su abuela. Ya en la puerta, se les unió Rosa, otra de las madres del colegio.

Cuando Felicidad vio entrar a su nieta, la llamó:

—Gema, cariño, ven un segundo.

Rosa y Patricia se dirigieron hacia una mesa, y Gema se acercó a su abuela y le dio un beso.

—Qué guapa estás hoy, cariño mío —comentó la mujer—. Esos pantalones te sientan muy bien.

Gema sonrió. Su abuela siempre le decía cosas bonitas.

—Si no le dije algo ayer al machirulo de tu marido por el modo en que miraba a Bosco y a Damián, fue por tener la fiesta en paz —empezó a decir Felicidad—. Pero, vamos, que de buena gana le habría soltado cuatro cosas a ese troglodita... Y, por cierto, mi Bosco está guapísimo de rubio.

Gema asintió. Sabía que su familia soportaba a su marido por ella, e, intentando sonreír, dijo:

—Tranquila, Feli, ya sabes que Tomás es muy suyo.

—Lo que es ¡es muy tonto, entre otras cosas!

—¡Abuelaaa!

—¡No me llames «abuela», que me haces mayor!

Ambas rieron y luego la mujer añadió:

—Anda, ve con tus amigas, ahora vamos a tomaros la comanda.

Gema se sentó con sus amigas con una sonrisa. Como era lógico, el cotilleo estaba asegurado, y Patricia dijo mirándola:

—Desde luego, hija, te pones una coliflor en la cabeza y la luces como si fuera un Armani... Pero ¿cómo puedes estar tan mona con un simple pantalón pirata y una básica blanca?

—Tienes un estilazo vistiendo, Gema, que te juro que ya quisiera yo para mí —añadió Rosa.

La aludida se encogió de hombros.

—Voy a ir de compras al centro —dijo Patricia cambiando de tema—. ¿Alguna se viene conmigo?

Rosa negó con la cabeza.

—Hoy, imposible.

Patricia miró entonces a Gema en espera de una respuesta.

—Tengo cosas que hacer —contestó ella.

—Jooooo, ¿qué tienes que hacer?

Gema sonrió. Patricia últimamente estaba muy pesada y cotilla. Y para que la dejara en paz, indicó:

—He de llevar a *Gamora* al veterinario y, luego, recoger la casa, que la tengo hecha un desastre después de la fiesta de cumpleaños de los niños de ayer.

—Qué fiestorro les organizaste —afirmó aquella mirándola.

—El que se merecen. No todos los días se cumplen dieciocho años —declaró Gema, evitando mencionar la discusión final de su marido con ella y sus hijos.

Patricia asintió y ella prosiguió:

—Además, viene el de la caldera a arreglarla y, como imaginarás, aunque me ha dicho que viene a la una, dudo que llegue a esa hora, por lo que imposible.

Patricia suspiró, pero insistió:

—¿De verdad no te puedes escaquear?

—De verdad que no —cuchicheó Gema con cariño.

Ambas sonrieron y Rosa intervino:

—¿Sabéis que la profe de sexto, al parecer, tiene un lío con el de gimnasia?

Gema y Patricia se miraron y la primera, sorprendida, se mofó:

—¡Madre del Verbo Divino!

—Cuando el río suena, ¡agua lleva! —comentó Patricia.

Instantes después entraron en la cafetería Ivanna y Julia, otras madres que conocían del colegio, y rápidamente se sentaron con ellas.

—¿Sabéis que la profe de sexto tiene un lío con el conserje del cole? —soltó Ivanna.

Patricia suspiró.

—Desde luego, la profe..., ¡qué éxito tiene!

—Buenos días, jovenzuelas. ¿Qué os apetece hoy? —preguntó Manoli, una de las amigas de Felicidad con la que había montado la cafetería.

Sin dudarlo, pidieron unos cafés, y Manoli añadió:

—El bizcochito del día hoy es de limón, ¿os apetece?

Rápidamente asintieron; entonces entraron Jonás y Manuel, otros padres y amigos del colegio, y Manoli cuchicheó mirándolos:

—Qué maravilla de bizcochitos...

—¡Manoli! —se mofó Gema divertida.

Las mujeres rieron y estos, sentándose ajenos a lo ocurrido, las miraron y de inmediato Manuel soltó:

—¿Sabéis que una de las profes de bachillerato está liada con el conserje?

Todos se miraron sin dar crédito y Gema replicó divertida:

—Dejad en paz a esa pobre profesora.

Decir eso abrió el debate. Unos decían unas cosas, otros, otras... Todos habían oído, nadie había visto, y cuando Manoli trajo los cafés y los bizcochitos, todos disfrutaron del momento.

Veinte minutos después, cansada de oír barbaridades, Gema dejó sobre la mesa dos euros y se puso en pie.

—Os dejo —dijo—. Tengo que llevar a *Gamora* al veterinario.

Jonás se levantó a su vez y, tras dejar sus dos euros en la mesa, indicó:

—Yo también me voy. Llevo prisa.

Gema se despidió de su abuela y salió con Jonás de la cafetería.

—¿Todo bien? —le preguntó él mientras se dirigían a buscar sus respectivos vehículos.

—Sí.

—Menudo fiestón les organizaste ayer a los mellizos.

Gema sonrió y él, que además era su vecino pared con pared, añadió:

—Mi hija Marina ya me ha dicho que ella quiere una fiesta por su cumple como la de Dunia y Bosco, con iPad de regalo incluido.

Ambos rieron y él continuó:

—Me dijeron mis hijas que Bosco y Dunia se irán a estudiar a Londres después del verano.

Gema asintió con la cabeza y, acto seguido, él agregó cambiando el tono:

—Te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir... Solo tienes que gritar mi nombre y ahí me tendrás.

Oír eso le hizo entender a Gema que aquel había oído la discusión con su marido tras la fiesta de la noche anterior y, algo avergonzada por lo que hubiera podido oír, murmuró:

—Gracias, pero todo está bien.

Sin embargo, Jonás, que la apreciaba, se apresuró a añadir:

—No, Gema, no está bien. Que te llame «tonta», «inútil» e infinidad de descalificaciones para sentirse el machito de la manada no es síntoma de que las cosas vayan bien. Y ahora te vas a quedar a solas con él cuando los niños se marchen a Londres...

Ella suspiró. Negarlo no le habría servido de nada. Lo que Jonás había oído era la verdad. Y aunque sabía que lo que hacía Tomás no estaba bien, lo había normalizado en su vida.

—No seas exagerado —replicó.

—¡¿Exagerado?!

Gema lo miró. Jonás, su vecino, se había separado tres años atrás de su mujer, Laura, y las niñas se habían quedado con él. Laura era una descerebrada que quería vivir la vida, lo último para ella eran sus hijas, y Jonás era todo un padrazo. Un hombre de esos que con verles la cara ya sabes que son buenas personas. Cuando iba a contestarle, este insistió:

—Te digo lo que tú me dijiste a mí en su momento: no consientas lo imposible.

Gema cabeceó y él añadió:

—Y te digo otra cosa. Una vez llamé a la policía cuando oí lo que no tendría que oír con respecto a ti y a los niños, y lo volveré a hacer si lo creo pertinente. Y es así porque no quiero que algún día ocurra algo y me tenga que decir a mí mismo: «Yo podría haberlo evitado».

Gema suspiró. Entendía las palabras de su vecino, y calló. Era

lo mejor.

En cuanto a Tomás, nunca se sabía cómo iba a regresar del trabajo. No bebía, no se drogaba, nunca les había puesto una mano encima, pero les gritaba y los descalificaba a ella y a los niños cada vez con mayor asiduidad, en especial por la sexualidad de Bosco, y eso ya estaba siendo complicado de gestionar.

La noche anterior, cuando amigos y familiares se marchaban de la fiesta, Tomás vio a su hijo despedirse de Damián, su chico, y la armó gorda. Aun sabiendo que Bosco era gay porque él mismo desde pequeño lo dijo sin ningún miedo, Tomás no terminaba de aceptar que su único hijo varón, un chaval alto, fuerte, muy masculino y guapetón, no fuera un mujeriego.

¿Cómo él, el machito alfa por excelencia, directivo en su empresa, podía tener un hijo homosexual?

Tanto Gema como su familia siempre habían apoyado a Bosco, pero a ella le tocaba batallar con su marido. Gema estaba en medio de los dos y se comía el disgusto de los dos. Pero si algo tenía claro era que nunca le fallaría a su hijo. Bosco era un buen niño, un buen hijo, y, sobre todo, Bosco se merecía un respeto, que ella, sí o sí, le iba a dar.

Un buen día para Tomás era un buen día para toda la familia porque los agasajaba y los mimaba de tal manera que todos intentaban disfrutar de ese momento que nunca sabían cuándo se repetiría.

No obstante, un mal día para Tomás desembocaba en un mal día para todos, y eso Gema y los niños lo llevaban cada vez peor. Especialmente porque los niños habían crecido y de tontos no tenían un pelo.

Una vez que llegaron junto a sus vehículos, Jonás y Gema se despidieron y él arrancó y se fue. Gema, por su parte, cogió aire, se metió en su coche y, cuando se disponía a arrancar, un coche se detuvo a su lado. Era su marido con su vehículo. Y, mirándola, preguntó:

—¿De dónde vienes con el paleto del informático?

Gema suspiró. Desde que Jonás había llamado a la policía, este no le resultaba grato a Tomás.

—Estábamos con otros padres desay...

—Te he dicho que no quiero verte con él, tontita...; ¿en qué idioma hablo? —la cortó aquel.

A ella la jorobó oír que la llamaba «tontita», pero al ver el modo en que la miraba, no replicó. Si había aprendido algo era a callarse para que las cosas no se fueran de madre, y menos en la calle. Después de un incómodo silencio, Tomás, que como siempre iba impecablemente vestido con su traje de chaqueta, puntualizó:

—No quiero volver a ver a Damián en casa, y Bosco que vaya a la peluquería y se quite ese pelo que se ha puesto.

Gema resopló. Y, tras tomar aire, empezó a decir:

—A ver, Tomás. Creo que...

—Tú no crees, tú obedeces —la interrumpió él.

Gema y él se miraron, y Tomás, consciente de lo que había dicho, añadió dulcificando el tono:

—Princesa..., Bosco es mi hijo y obedecerá. ¿Me has entendido?

—Bosco ya es mayor de edad —le recordó ella.

Tomás se tocó el nudo de la corbata. Le gustara o no, sus hijos habían crecido, pero, dispuesto a seguir siendo quien mandara en su casa, insistió:

—Mientras yo pague sus estudios y aquello que necesita para vivir, tendrá que obedecerme.

Gema no contestó.

Él se puso entonces sus carísimas gafas de sol y añadió:

—Hoy llegaré tarde. Tengo una reunión. Y ahora, vuelve a casa sin rayarme el coche.

Y, sin más, aceleró y se alejó.

Gema soltó un suspiro. ¿Cómo podía Tomás ser tan frío en ocasiones?

No obstante, sin querer pensar más en ello, arrancó el vehículo de su marido y regresó a su casa. Tenía cosas que hacer.

* * *

Después de una mañana en la que primero fue al veterinario con

Gamora y luego recogió y limpió la casa tras el cumple, Gema puso dos lavadoras, preparó la comida y atendió al de la caldera, que sorprendentemente llegó a su hora.

Acalorada por no haber parado ni un momento, miró el reloj y vio que eran las tres menos veinte de la tarde.

¡Qué rápida había pasado la mañana!

A las tres salían los niños de bachillerato, iría a buscarlos y después comerían el pollo en escabeche que había preparado, ellos tres solos, ya que su marido no iría a almorzar.

Gema estaba canturreando *Superwoman* de Alicia Keys con su perfecto inglés, pues siempre le había encantado. Como decía la letra de la canción, a pesar de sus desastres y sus indecisiones, ella se sentía una supermujer.

Sus ojos se fijaron en la foto de boda que tenía de sus padres y sonrió. Siempre que la miraba, sonreía. Sus padres se habían conocido al asistir por separado a las fiestas de un pueblo de Segovia. Esa noche, a Jesús lo dejó su novia, y a María la plantó su novio. Tras lo sucedido, cada uno estaba desolado, pero coincidieron en una fuente a la que fueron a beber agua y comenzaron a hablar. Tres meses después se casaban en aquel pueblo de Segovia, y la foto estaba hecha junto a la fuente que los unió.

Gema sonreía pensando en la felicidad de sus padres cuando sus ojos volaron hasta una fotografía de ella y su marido cuando eran unos críos. Ella tenía dieciséis y él, diecinueve.

Tomás era el amigo loco de su hermano Ricardo. El que fumaba porros, tenía a sus padres desesperados y conducía una moto con el tubo de escape trucado, y eso llamaba mucho la atención de Gema y todas las demás chicas.

Era el típico guaperas con dinero que atraía a todas las muchachas de la pandilla por su actitud chulesca y retadora, y cuando él las miraba o les hablaba, se sentían como si las hubiera elegido Dios.

Gema nunca pensó que Tomás pudiera reparar en ella, pero así fue. El guaperas malote se había fijado en la niña estudiosa y calladita que nada tenía que ver con él y que, cada vez que la

miraba, se ponía roja como un tomate.

Además de una niña de buena familia que hablaba español, francés e inglés por la formación que había recibido, Gema era una preciosidad de jovencita. Alta, educada, discreta y con un pelazo rubio y largo que era una delicia.

Cuando comenzaron a verse, lo hicieron a escondidas de todo el mundo. Nadie podía enterarse de que él con diecinueve años se veía con una niña de dieciséis. A Gema, que nunca había sacado los pies del plato, le gustó esa sensación de hacer algo prohibido. Si Ricardo, su abuela o sus padres se enteraban de que estaban juntos, se iba a liar, y no solo por la diferencia de edad.

Tomás, un egoísta y un vividor de mucho cuidado, sabiendo que su hermano Alfonso era el ojito derecho de sus padres por lo estudioso y aplicado que era, todo lo contrario de él, siempre supo que sus padres le legarían la empresa de importación y exportación que regentaban a aquel. Por ello, y con vistas a asegurarse el futuro, se fijó en Gema. La hermana de Ricardo era un buen partido, y sabía que, si se lo montaba bien y la enamoraba, tendría la vida resuelta. Por ello, todo lo que hiciera por y para ella, por su «princesa», como la llamaba, le parecía poco, y eso a Gema la volvió loca.

Al final, todos supieron de su relación cuando la muchacha se quedó embarazada con diecisiete años. El disgustazo para la familia de ella fue enorme, y Ricardo se lo tomó fatal. ¿Cómo podía haber tenido su hermana tan poca cabeza y haberse liado con él?

Como amigo, Tomás era pasable, pero como pareja de su hermana sería nefasto. Era un interesado, un vividor, y se le veía a la legua. Ricardo lo sabía. Intentó hablar con su hermana, intentó hacerle saber que Tomás estaba con ella por el dinero de sus padres, pero esta no lo escuchó. ¿Por qué decía aquello cuando estaba claro que Tomás estaba loco por ella y Gema era su princesa?

Tanto Felicidad como su hija, María, y su yerno, Jesús, también intentaron abrirle los ojos a Gema. Era joven. Una niña sin experiencia con los hombres. Tomás era su primer novio, aquella

era su primera relación, y debía escucharlos. Solo querían su bien y su felicidad. Pero todo fue inútil. Enganchada a Tomás, Gema luchó por él y, finalmente, embarazadísima, a los tres días de cumplir dieciocho años, sin decir nada a su familia para que no pudieran evitarlo, se casó con él. Sin convite y sin nada.

Sus padres y su abuela, una vez que se enteraron de lo que había hecho, y aun sabiendo que se estaba equivocando, decidieron respetar su decisión. Y en su propósito de ayudar a su hija en todo lo que pudieran, como obsequio de boda les regalaron la bonita casa con jardín donde vivían en Aravaca. Y dos locales comerciales: uno en San Blas y otro en la calle Fuencarral. También les dieron un dinero que, como era de esperar, Tomás se gastó sin dudarlo.

A diferencia de su hija María y su yerno, tras la boda, Felicidad le dijo a su nieta que le regalaría uno de los locales que tenía en la Gran Vía madrileña, pero solo si este se ponía única y exclusivamente a nombre de Gema y, en una cláusula anexa, se indicaba que nunca entraría en los bienes gananciales. No se fiaba de Tomás y, por lo que pudiera pasar, quería que su nieta tuviera algo solo para ella.

Eso hizo que Tomás y la abuela nunca se llevaran bien, algo que a Felicidad no le importó, y a Tomás tampoco. Mientras el local fuera de su mujer, ya sacaría él algún beneficio.

El embarazo resultó ser de dos bebés y, cuando los mellizos vinieron al mundo, surgieron los primeros problemas maritales. Demasiadas obligaciones y compromisos, y demasiadas noches sin dormir.

Dos bebés daban mucho trabajo, y Tomás no estaba por la labor de cooperar. Gema, sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, aun siendo una cría de dieciocho años no dijo nada a su familia y pudo con ello, al tiempo que animaba a Tomás a que se centrara en su trabajo como directivo en la empresa de su padre. Algo que él nunca hizo.

Cuando los niños tenían cinco años, Gema, alentada por su familia, con mucho esfuerzo y algunas discusiones con su marido, retomó los estudios. Los acabó y se decidió a hacer Marketing y

Publicidad. Ser madre era lo mejor que le había pasado en la vida, pero ella necesitaba hacer algo más, puesto que una débil lucecita intermitente en su cabeza la animaba a estudiar y acabar lo que había empezado. Y sí. Tenía que hacerlo por ella.

Durante los años en los que retomó sus estudios, Tomás la juzgo por mil cosas, entre ellas, por querer seguir adelante con su carrera, por dejar a los niños al cuidado de sus padres y por el simple hecho de verla disfrutar haciendo algo que la llenaba. Gema callaba y no se lo contaba a nadie. Le daba vergüenza hablar de aquello, adoraba a Tomás y no quería que ni sus padres, ni su hermano, ni su abuela le cogieran más tirria de la que ya le tenían. Su único impulso era mirar la pulsera que su abuela le había regalado años atrás por su dieciocho cumpleaños y repetirse una y mil veces eso de «Puedo hacerlo, puedo hacerlo...».

Y lo hizo. Gema acabó los estudios con unas notas excelentes, las mejores de su promoción. Era muy inteligente, tenía un gran potencial y comenzó a trabajar en una empresa de marketing y publicidad de un amigo de su hermano Ricardo, llamada Rhonda Rivera.

Pero todo se torció cuando una de las tardes en que fue a buscar a su mujer a la oficina, al verla salir con un compañero hablando y riendo, Tomás montó en cólera. ¿Qué hacía su mujer confraternizando con aquellos? Era su esposa, la madre de sus hijos, y le debía un respeto. Al final, Gema renunció al trabajo a causa de sus celos.

A partir de ahí, los empleos que fue consiguiendo apenas le duraban unos meses. En cuanto Tomás veía a un hombre cerca de su mujer, ya fuera un jefe o un simple compañero, se ponía enfermo. Criticaba su manera de vestir, incluso hasta de sonreír y caminar. Los celos podían con él. Le hacía reproches, le juzgaba su valía como mujer y madre, y cuando sabía que se había pasado con ella, la llamaba «princesa» y le decía que sus celos eran porque la amaba con locura.

Finalmente Gema, que amaba a su marido, dejó de trabajar sin dar explicaciones a su familia e incluso dejó de cuidarse para, simplemente, ser mujer y mamá, lo que Tomás quería que fuera.

El tiempo pasó, los mellizos crecieron y, cuando Bosco, con ocho años, comenzó a decir que le gustaban los niños y no las niñas, Tomás no lo entendió. Pero ¿cómo podía decir eso su hijo?

Por su parte, Gema lo apoyó, y también toda su familia. Todos querían que el niño creciera con la libertad de ser quien era, pero Tomás, enrabietado, se metía una y otra vez con su condición sexual. Se negaba a tener un hijo gay, y finalmente, tras una tremenda discusión cuando el muchacho tenía quince años, Tomás le dio un ultimátum. Si continuaba por el mismo camino, solo tendría una hija. Bosco lo aceptó. Si su padre quería eso, ¿quién era él para imponerse como hijo?

El paso de los años los había tratado de un modo diferente a ambos. Tomás perdió el pelo, su lozanía, pero se convirtió en un madurito que, con su labia y su buena presencia, seguía embaucando a quien se propusiera, y Gema, con treinta y seis, seguía siendo un bombón, a pesar de que intentaba no llamar la atención con su manera de vestir. Cuando salía con sus hijos, ella parecía su amiga, no su madre, y Tomás lo llevaba fatal. Odiaba que mirasen a su princesa, y si por él fuera, esta no saldría de su casa.

En el fondo, sabía que su mujer valía mucho más que él, no solo físicamente, sino también en cuanto a inteligencia. Todos lo decían. Todos lo comentaban, en especial la familia de Gema. Y eso era demasiado para su ego de machito alfa. ¿Cómo iba a ser su mujer más lista que él?

Por ello, en la intimidad maltrataba psicológicamente a Gema para reforzar su hombría, y ella, de manera equivocada, se lo permitía. Amaba a su marido, y a pesar de que su familia le decía una y otra vez que Tomás no la merecía, ella no los escuchaba. Era tan dependiente de él que ya casi ni pensaba, y hasta para comprarse unos zapatos lo consultaba con él.

Gema estaba reflexionando acerca de todo eso cuando el teléfono sonó.

—Buenas tardes, señora —oyó al descolgar—. Llamo del hospital La Paz. ¿Es usted familiar de Tomás Requejo Salmón?

—Sí. Soy su… ¿Qué pasa? —preguntó angustiada.

—Señora, el señor Requejo ha sido ingresado de urgencia y...

—Madre del Verbo Divino..., ¿qué ha pasado? —exclamó Gema asustada.

Al otro lado del teléfono se hizo un silencio, y Gema insistió:

—¿Está bien? Por favor, ¿qué ha pasado?

—Señora, no puedo darle información sobre algo que no sé. Solo sé que tienen que venir al hospital.

Gema asintió como una autómata y, tras cortar la comunicación, y con las lágrimas corriéndole por el rostro, se apresuró a coger las llaves del coche.

Su marido. Su amor. Tomás... ¿Qué le había ocurrido?

Una vez que montó en el vehículo, miró el reloj. En diez minutos tenía que recoger a sus hijos, por lo que, sin dudarlo, arrancó y fue a por ellos.

Cuando los chicos la vieron tan alterada y llorando, se alarmaron muchísimo. Ella les contó lo que sucedía y de inmediato se dirigieron hacia el hospital.

Al llegar y aparcar el coche, Gema y sus dos hijos entraron rápidamente en Urgencias. Allí, ella dio los datos de su marido y, sin explicarles lo ocurrido, les indicaron que tenían que ir al despacho número tres para hablar con el médico. Él se lo explicaría.

En cuanto llegaron frente al despacho indicado, Gema miró a sus hijos y, limpiándose las lágrimas, que no cesaban, señaló:

—Esperad aquí. Yo entraré y...

—No, mamá —la cortó Bosco—. Dunia y yo vamos contigo.

Gema aceptó. Entendía que sus hijos quisieran entrar. Ya no eran unos niños y, tras llamar a la puerta, abrió y se quedó sorprendida al encontrarse con su amiga Patricia, que hablaba con el doctor.

Durante unos segundos, ambas se miraron.

—Por favor, esperen en la salita hasta que yo les avise —pidió el médico.

Pero Gema, que estaba muy sorprendida por haber encontrado allí a su amiga con los ojos hinchados, se acercó a ella desoyendo las palabras del hombre.

—Patricia, ¿qué haces tú aquí? —le preguntó—. ¿Qué te ocurre, cielo?

Ella la miró y, tras abrazarla, rompió a llorar. Bosco y Dunia no se movían y Gema, descuadrada, dijo mirando al doctor:

—Somos familia. ¿Qué ha ocurrido?

El médico se apresuró a aclarar entonces:

—El marido de la señora Otamendi ha sufrido un infarto.

Al oír eso, Gema miró a Patricia horrorizada. ¡Pobrecita!

—¿Y cómo está? —quiso saber dirigiéndose al médico.

El doctor miró unos papeles y luego respondió:

—El señor Requejo está estable.

—¿Requejo, dice? —inquirió.

—Sí —asintió él.

Gema negó con la cabeza. No..., allí había un error.

Entonces el doctor, cogiendo el informe que tenía sobre la mesa, añadió:

—Le estaba diciendo a la señora Otamendi que su marido, Tomás Requejo Salmón...

—¿Su marido? ¡¿Cómo que su marido, si Tomás es mi marido?! —cortó Gema.

—¡No me jorobes! —murmuró Dunia.

Bosco, que se había quedado impactado como su hermana, miró a la supuesta amiga de su madre e, hilando en su cabeza, susurró:

—¡Qué cabrón!

—Bosco —lo regañó Gema.

—Mamá, por favor..., ¡abre los ojos y date cuenta de una vez por todas de cómo es ese cabrón! —insistió él.

No. No. No. Aquello no podía ser.

—Es tu padre, Bosco —replicó ella negando con la cabeza—. No hables así de él.

El chico resopló. Lo de su padre no tenía nombre. ¿Cuándo iba a darse cuenta su madre de la realidad?

—¿Estás liada con mi padre? —preguntó entonces Dunia.

—Hija... —murmuró Gema totalmente bloqueada.

Patricia no contestó. Solo lloraba y lloraba. Y la muchacha,

mirando a su hermano, exclamó:

—¡Qué fuerte...! ¿Es ella?

Con las pulsaciones a mil, e ignorando a Patricia, Gema miró a sus hijos. Pero ¿de qué hablaban?

—No lo sé —respondió Bosco dirigiéndose a su hermana—. No le vi la cara. Pero está claro que tu papaíto sigue en su línea.

Gema los escuchaba boquiabierta. Hacía un mes, sus hijos le habían contado que Bosco había visto a su padre besándose con otra mujer en el coche. Pero en un principio no se lo tomó en serio, como nunca se había tomado en serio otras cosas.

—Tranquilos, chicos —terció.

—¿«Tranquilos», mamá? —gruñó Bosco—. Ese cabrón te la está pegando y...

—Mamáááá —insistió Dunia.

Gema los miró. Ante ella tenía a los amores de su vida.

—Bosco, Dunia, ¡basta! —les exigió.

El médico los observaba. No entendía nada de nada. Entonces Patricia, mirando a su amiga, murmuró entre lágrimas:

—Gema..., per... perdóname.

—Lo que te digo..., ¡está liada con papá! —afirmó Dunia.

Sin dar crédito, sofocada y descolocada, Gema parpadeó. ¿Su amiga y su marido? No..., no..., no..., ¡no podía ser!

Desde hacía años, su hermano Ricardo había estado advirtiéndola sobre Tomás, pero ella nunca había querido escucharlo. Tomás no era perfecto. Ella tampoco. Pero aquello era muy fuerte. ¡Con Patricia! ¡¿Con su amiga?! ¿Cómo podía haber pasado sin que ella se hubiera dado cuenta?

Intentando permanecer impasible y controlar la situación, miró al médico y dijo con frialdad:

—Por favor, doctor, ¿puede dejarnos un momento a solas? Necesito hablar con Patricia.

El médico no se movió. Estaba claro que allí se mascaba una tragedia. Y Gema, entendiendo su gesto, insistió:

—Mis hijos están presentes y, por ellos, sé comportarme como es debido.

El doctor aceptó finalmente y, cuando desapareció, Gema se

dirigió a sus hijos, que miraban a Patricia con mal gesto.

—Chicos, esperadme un segundo fuera.

—Pero, mamá... —murmuró Dunia.

—Chicos, por favor. Obedeced —insistió ella.

Bosco y su hermana se miraron. Si respetaban a alguien, era a su madre, y antes de salir, él dijo mirándola:

—Mamá, te queremos. Tú vales muchísimo más que ellos dos. Papá es un sinvergüenza y sabes que llevo diciéndotelo desde hace tiempo. Por favor, abre los ojos de una vez y piensa en ti. Solo en ti.

Gema asintió. En esta ocasión no reprochó los calificativos que su hijo empleaba al hablar de su padre, y cuando se quedó a solas con Patricia en el despacho, mirando a aquella, a la que había considerado una amiga, inquirió:

—¿Desde cuándo?

Patricia se retorció las manos hecha un manojo de nervios.

—Lo... lo siento. De verdad, es que...

—¿Desde cuándo? —repitió Gema intentando estar tranquila.

La otra tomó aire y al final respondió:

—Desde el verano pasado.

—Madre del Verbo Divino —susurró Gema sin dar crédito. Pero, tratando de guardar la calma, insistió—: ¿Alfredo lo sabe?

De inmediato, Patricia negó con la cabeza. Su marido, como aquella, no sabía nada, y, aterrorizada, musitó:

—Por favor..., por favor..., no quiero que se entere.

Oír eso hizo que Gema levantara las cejas. ¿En serio le estaba pidiendo que callara? Tras tomar aire, soltó:

—¿Tú te crees que por ser rubia soy tonta?

—No.

—Entonces, no me trates como si lo pensaras —matizó con acidez, y añadió—: Ahora entiendo tanta preguntita en lo referente a mis movimientos... Necesitabas saber dónde estaba yo en todo momento para pasártelo bien con mi marido sin que os pillara, ¿verdad?

Patricia guardó silencio. Gema se miró el anillo de casada, que tan especial era para ella y, tocándoselo, preguntó:

—¿Qué hacíais cuando le ha dado el infarto?

—Gema, por favor…

—¿Qué hacíais cuando le ha dado el infarto?

Patricia se secó las mejillas avergonzada, y Gema insistió retirándose las lágrimas que le brotaban involuntariamente:

—Te he preguntado qué hacíais.

Roja como un tomate, Patricia miró al suelo y musitó:

—Lo… lo tenía esposado mientras practicábamos sexo.

Gema se tambaleó al oír eso. «¡¿Cómo?!»

—¿Dónde lo tenías esposado? —siseó sin poder callar.

—Al cabecero de una cama…, en el local vacío que tenéis en la Gran Vía.

Ella cabeceó boquiabierta.

De los locales que sus padres les regalaron ya solo les quedaba el recuerdo, pues los habían vendido para saldar las deudas que tenía Tomás. Gema ya únicamente poseía el local de la Gran Vía que le cedió su abuela. También lo tenía a la venta, pero, de momento, nadie se había interesado por él, y estaba solo a su nombre.

Estaba vacío desde el verano pasado. Lo último que hubo allí fue una tienda de muebles, y aquellos dos sinvergüenzas habían tenido la desfachatez de ir al local a practicar sexo.

Las ganas de armarla que Gema tenía eran tremendas. El deseo de arrancarle las extensiones a Patricia era descomunal, pero, pensando en que sus hijos estaban al otro lado de la puerta, se fijó en la pulsera de plata que llevaba y, tras leer aquello de «Puedo hacerlo», se contuvo y se limitó a decir:

—Creía que eras mi amiga.

—Y lo soy…

Gema sonrió con acidez al oír eso. Si alguien sabía de su vida y milagros con Tomás, esa era Patricia, pues se lo contaba todo desde hacía muchos años.

—Con amigas como tú, ¿quién necesita enemigos? —murmuró despechada.

—Gema…

La aludida levantó la mano. Lo último que le apetecía era

escucharla.

—Mira… —empezó—. Podría insultarte y decir todo lo que siento ahora mismo. Y podría hacerlo porque eras mi amiga y me has decepcionado acostándote a mis espaldas con mi marido. Sin embargo, prefiero callar y decirte simplemente que, a partir de este instante, tú y yo ya no tenemos nada que ver…

—Gema, por favor…

Ella negó con la cabeza y continuó:

—Ni Alfredo ni yo nos merecemos esto que nos habéis hecho… Éramos amigos, familia… ¡Joder, que nos íbamos de vacaciones todos juntos! Por tanto, espero que se lo cuentes tú a Alfredo o lo haré yo cuando me llame para preguntarme por Tomás, que, sin duda, lo hará. Y en cuanto a montarte un numerito o no, mira, pensándolo fríamente, y aunque el respeto me lo habéis faltado los dos, el numerito se lo voy a montar a Tomás, que era quien tendría que haberme guardado respeto. Por tanto, pedazo de…, de zorra, desaparece de mi vida antes de que cambie de opinión y decida arrancarte las extensiones que te pusieron en la peluquería de mi prima a mitad de precio.

Acto seguido, ambas guardaron silencio. Ninguna se movió, hasta que Patricia dio un paso hacia Gema y esta añadió:

—Cuéntaselo a Alfredo porque, a partir de mañana, en vez de la profesora de sexto, serás tú la comidilla de todo el mundo… Y ahora, ¡vete!, tu presencia me desagrada.

Patricia cogió su bolso y salió por la puerta.

Acto seguido entraron Dunia y Bosco y rápidamente abrazaron a Gema. Su madre no se merecía aquello. Entonces Bosco empezó a decir al ver las lágrimas en sus ojos:

—Mamá, quizá no sea el momento, pero…

No obstante, Gema le puso la mano en la boca para que callara.

—Exacto, mi amor, no es el momento. Ahora lo importante es que tu padre mejore.

Los tres se miraron en silencio. Todos pensaban lo mismo, todos opinaban igual. Y, acto seguido, Dunia cogió la mano de Gema y declaró:

—Bosco y yo estamos contigo, mamá.

Ella asintió. Con sus hijos a su lado era capaz de comerse el mundo. Y, sintiéndose la supermujer de la canción que tanto le gustaba, indicó mirándolos mientras se limpiaba las lágrimas:

—Sois los mejores hijos del mundo.

Bosco y Dunia la abrazaron con cariño. A su padre lo querían por ser su padre, pero a su madre la amaban. Desde que tenían uso de razón ella siempre había estado ahí, nunca les había fallado, cosa que no podían decir de su padre.

Entonces Gema, al ver al médico en la puerta, lo miró y pidió tocándose su anillo de casada:

—Por favor, doctor, cuénteme la situación del padre de mis hijos.